

Esta es la última parte del trabajo sobre Artaud, que se había empezado a publicar en otras entregas de esta revista.

Ninguna arbitrariedad de las imágenes artaudianas, ninguna metáfora geológica del alma. Esos paisajes de tempestad, de erosión, de hundimiento y derrumbe; esas constelaciones de signos que tachonan la montaña tarahumara; esas formaciones de cristales, esos fluidos sutiles y candorosos, esas membranas plásticas (que describe como si sólo fuesen vislumbrables por instantes —lo que duran los fogonazos que iluminan la noche mineral, su cárcel del alma), esas imágenes no tienen ninguna gratuidad ni salen de la Nada. Artaud no podía concebir que las imágenes forjadas en su pensamiento no se realizaran, efectivamente, en alguna región cósmica. Y fue el Peyote quien le enseñó a no poder separar la imagen de la acción que la realiza.

“...no creo en la imaginación absoluta, me refiero a la que saca algo de nada. No hay imagen mental que no me parezca el miembro desprendido de una imagen actuada y vivida en alguna parte...”.

“...un ser se adelantó y de un golpe hizo salir el Peyote de mí.

Con él hice carne picada real,
y el cadáver de un hombre fue despedazado y lo encontraron despedazado en algún lugar,
rai da kanka da kum
a kum da na kum vönoh...”.

Sí, el Peyote... Pero convendrá, antes de continuar, hacer un rápido recuento de las condiciones en que se había desarrollado la experiencia artaudiana antes de ponerse en relación con el Peyote en el país tarahumara.

La Enfermedad le había dado algún conocimiento sobre su propia distancia con respecto de los códigos y “valores” de la cultura que le tocó en suerte. Fuente y obstáculo de su pensamiento, gracias a ella había tenido que escuchar al cuerpo rebelado y “hallado tramos en el campo del nervio”; por su acoso había descubierto el lenguaje en que se expresan el cuerpo y el yo-físico; sobre todo, la Enfermedad lo había precipitado en el seno del cuerpo sin órganos y lo había dejado atado a él —moderno Prometeo en su roca del cáucaso— obligándolo a vivir por espasmos. Pero ese conocimiento, esa escucha, esos tramos que fue el primero en explorar; ese lenguaje; esa experiencia vital del cuerpo sin órganos y de la muerte, permanecieron en un “contexto de negatividad” hasta tanto Artaud no tuvo experiencia del Peyote: su conocimiento aparecía como privación, como desposesión de otro conocimiento; el infrasentido como pérdida del sentido; su escucha como tortura; sus hallazgos le parecían demasiado penosamente logrados, amargos y, para su vida desesperanzadores; sus imágenes las consideraba larvarias; el cuerpo sin órganos “una nada que se ignora”.

“¿Por qué, cada vez que sentía que me acercaba a una fase capital de mi existencia, no llegaba a ella con un ser entero? ¿Por qué

El retorno de Dionisios

Jorge Alberto
Naranjo



aquella terrible sensación de pérdida, de carencia que había que conquistar, de acontecimiento abortado?”.

Por otra parte, Artaud debía permanentemente referirse a los códigos institucionales, para tomar distancia y diferenciar su experiencia de la del europeo civilizado, hombre de las instituciones. Y no sólo referirse a los códigos: combatirlos sin tregua puesto que en ellos se lo quería confinar al precio de abdicar de la singularidad de su experiencia: ni bien ni mal —ni ideas ni orden ni verdad ni conciencia— ni boca ni lengua ni órgano ninguno —ni libido— ni palabras ni obras ni pensamientos —nada, nada de lo que la cultura pudiera ofrecerle podía servirle para construirse, para enunciarse, para sobrevivir.

Tenía que ser así: “un europeo —escribirá después del viaje a México— un europeo nunca aceptaría la idea de que lo que ha sentido y percibido en su cuerpo —la emoción que lo ha sacudido, la extraña idea que ha tenido momentos antes y que lo ha entusiasmado por su belleza—, no era suyo, ni que otro ha sentido y vivido todo ello en su propio cuerpo, o, en caso de aceptarlo se tendría por loco y poco le costaría a la gente decir que se había vuelto un enajenado”. Hacerse comprender de un hombre teórico, de “un europeo”, no era posible: se negaba toda opción real a la experiencia de Artaud; se lo intimidaba. Y a su vez Artaud debía empeñarse en defender la autenticidad de su experiencia y conseguir, para ella, credibilidad (cartas con Riviére, el Pesa-Nervios, el Ombligo de los Limbos, el diario del Infierno e incluso, en este sentido, la carta a los surrealistas); debía “explicarse”. Cierro, lo hacía de mal grado, con agresividad, con un no se sabe qué de burla sardónica: puesto que, de todos modos, su experiencia permanecía ininteligible, “el mundo no escucharía su lección”.

En Europa sus nociones —orgánicamente vinculadas con su experiencia: el cuerpo sin órganos, el yo-físico, etc.— eran consideradas (y ello si había benevolencia de parte de los intérpretes) como imágenes poéticas, el patético testimo-

nio poético de un hombre que, preso en la esquizofrenia, negaba su propio cuerpo organizado, su pérdida de la noción de realidad, su identidad de alienado. En Europa sus gritos de rebelión contra un mundo que le negaba el derecho de confiar en su propia sensibilidad y lucidez, eran escuchados como síntomas de su incapacidad para acceder al orden de cultura.

“El hombre entero, el hombre con su grito que puede remontar el camino de una tormenta, para Europa es poesía, pero para nosotros, que tenemos una idea sintética de la cultura, ponerse en relación con el clamor de una tormenta es descubrir un secreto de la vida”.

En Europa —y esto debe retenerse— su noción de Naturaleza, por decir lo menos, no estaba plenamente desarrollada. Se diría que aún estaba demasiado determinada por criterios institucionales: aún no se le mostraba en relación con la cultura orgánica. Como sí, más que la aproximación al “polo” de la Naturaleza, lo que en su experiencia de hombre trágico captara fuera su alejamiento del polo de la cultura —la civilización europea; como si, más que la potencia de su sensibilidad de hombre trágico aprehendiera y relievaba la impotencia creciente de su sensibilidad de hombre teórico —de allí que por entonces sus imágenes le parecieran larvarias y sin relación con ninguna materia; como si, más que homo-natura fuera homo-ex-cultura.

Antes del viaje al país tarahumara, pues, Artaud no tenía punto de referencia vivido de la cultura sino a la civilización europea. El testimonio y el sentido de su experiencia quedaban distorsionados por el solo hecho de tenerse que remitir a esos códigos para definir una experiencia que, había que vivirlo para saberlo, excedía, naturalmente, esos códigos. En cambio, al llegar al país tarahumara, encontró que era precisamente por las vías singulares que había seguido su experiencia por lo que se le permitía acceder hasta el corazón de la cultura tarahumara: allí fue bienvenido, después de ser probado, naturalmente, como el Hombre de Buena Voluntad venido del Otro Lado del Mar... Y los sabios tarahumaras



lo invitaron a adherirse plenamente al cuerpo sin órganos, a vivir con su voluntad una experiencia que, en Europa, sólo había soportado como contra su voluntad, precio de una maldición.

“Recoserte dentro de la entidad sin Dios que te asimila y te produce como si tú mismo te produjeras y como tú mismo, en la Nada y contra El, a cualquier hora te produces”.

Y pudo ver cómo el cuerpo sin órganos, esa materia considerada nada por el pensamiento de Europa, aparecía espléndido, radiante, en el corazón de la vida y el pensamiento tarahumaras: en su seno se trazaba la geografía y espejaban los signos de la montaña sagrada; en su seno se gestaba el pueblo y cada hombre tarahumara; en él se realiza la Acción. El cuerpo sin órganos se extendía hasta los confines de la Naturaleza, era la Naturaleza misma, “entidad sin Dios”, Patria Inmemorial de los Humanos...

“La Naturaleza ha producido los bailarines en su círculo de la misma forma que produce el maíz en el surco y los signos en los bosques”.

“Aunque la mayoría de los miembros de la raza tarahumara son autóctonos y, según dicen ellos mismos, cayeron del cielo a la Sierra, podemos decir que cayeron en una Naturaleza ya preparada. Y esa Naturaleza ha querido pensar como un hombre. De la misma forma que ha evolucionado a unos hombres, así también ha evolucionado a unas rocas”.

Ciertamente, no era que se hubiera olvidado a la Naturaleza en la vieja Europa. Todo un coro de Iluminados, en la Pintura, en la Música, en la Medicina, en la Filosofía, en la Ciencia, en la Poesía, había sabido mantener, secularmente, viva la presencia de la Naturaleza en un mundo que se desarrollaba en su ausencia. Salvo que esa presencia se congelaba en Obra. En el país tarahumara encontró los colores, los acordes, los signos, los principios que poblaban esas obras, pero los encontró bullendo en el Seno de la Naturaleza, vivos, en correspondencia total con el Hombre tarahumara. Todo cuanto lo rodeaba, recosido

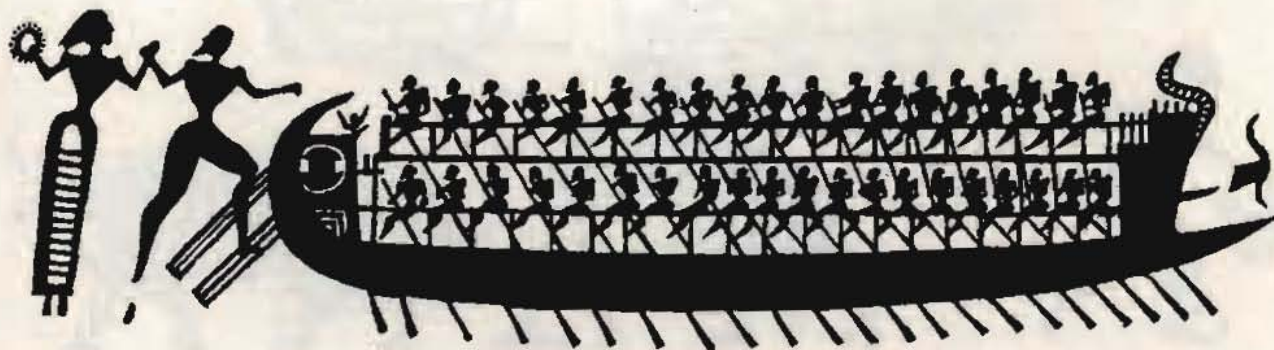
por la vía del Peyote al cuerpo sin órganos —la disposición de las piedras sobre la montaña sagrada, el semblante del cielo, la velocidad y dirección del viento, el color y diseño de los vestidos, la geometría de los rostros y las poblaciones, los gestos—, todo signo se le mostraba cargado por un sentido misterioso y potente: *en cada signo se expone todo el ser*.

“En la montaña tarahumara todo habla exclusivamente de lo Esencial, es decir de los principios según los cuales se formó la Naturaleza; y todo vive exclusivamente para dichos principios: los Hombres, las tormentas, el viento, el silencio, el sol”.

— — —

La Enfermedad no lo despojó de su lucidez: le arrebató el gozo de poseerla; la Enfermedad hizo que su vida se desplegara al margen del principio de realidad, en la ausencia de principio de identidad —en la recusación de la ley de la cultura bajo sus dos formas modernas de existencia, institucional e individual; la Enfermedad lo colocó por fuera de las condiciones merced a las cuales la cultura moderna “dona” a los hombres una noción de realidad. Una vida así, en el marco de un régimen institucional, debía discurrir como Martirio. Lejos de las coordenadas de lo humano, en el extravío de otra realidad no sometida por las máquinas de poder institucionales, el yo-moral abolido por el despertar del yo-físico, el cuerpo insubordinado a las órdenes cerebrales, el reducto de la conciencia adscrita al yo-moral invadido por las fuerzas del inconsciente, Antonin Artaud tenía razones para considerar que la Enfermedad le había sobrevenido como una Maldición...

Ahora bien, como hemos visto, ya el Pesarnervios establecía con precisión las coordenadas mentales y físicas de su experiencia: allí están el cuerpo sin órganos, el espacio intenso y la duración única; allí está la mecánica pensante y el yo-físico, sujeto del cuerpo sin órganos; allí está el infrasentido. Y la inconfundible afirmación de la singularidad de su experiencia... Sí,



pues, antes del Peyote no le faltaron los medios para auscultarse y describirse ¿qué fue entonces lo que el Peyote introdujo de renovador en una experiencia que ya había sido lo suficientemente vivida como para no faltarle ninguna noción?

El Peyote infundió una razón de ser al sufrimiento de Antonin Artaud: le enseñó para qué había venido a este mundo y justificó, de un golpe, todo su Dolor. El Peyote transmutó su Maldición en Expiación y condujo a Antonin Artaud a la otra cara de la Enfermedad. La "caída tenue y dilatada del espíritu" le sobrevino por fin con una intensidad a la medida de sus ansias, y abrió su entendimiento a una nueva Luz, puso su voluntad en consonancia con su Destino y situó su memoria ante una Presencia Cósmica. Sí, el viaje al país tarahumara fue un viaje en pos de curación, en pos de la Gracia, una peregrinación. Y tanto había padecido Antonin Artaud, tanto había buscado, tal guerra había sobrellevado, que el dios del Peyote lo escuchó, lo aceptó y lo dio a Luz.

"Tomé Peyote en México, en la Montaña, y dispuse de un paquete que me hizo permanecer dos o tres días entre los tarahumara; pensé entonces, en aquel momento, que estaba viviendo los tres días más felices de mi existencia.

Había cesado de aburrirme, de buscar una razón a mi vida y de tener que cargar a mi cuerpo. Comprendía que estaba inventando la vida, que esa era mi función y mi razón de ser, y que me aburría cuando había perdido la imaginación, y el Peyote me la daba".

— — —

Curación cruel: en primer lugar, llegó a la montaña tarahumara en medio de un proceso de abstinencia obligatoria de drogas. La Enfermedad se abatía sobre él con más fuerza que de costumbre. Era preciso que alcanzara su extrema violencia: había que sobrevivirse lo más lejos posible en la Enfermedad, ser capaz de asistirse en su fase más intensa antes de merecer curar por el Peyote. Purificarse: era la peor prueba por

la que debía pasar Artaud. Debía llegar al Peyote con su voluntad —y con buena voluntad. Y llegar con el cuerpo indefenso. Gemía: "¿Habría conocido yo alguna vez la alegría? ¿Habría alguna vez en el mundo una sensación que no fuese de angustia o de irremisible desesperación? ¿Habría algo para mí que no estuviera a las puertas de la agonía, y sería posible encontrar por lo menos un cuerpo, un cuerpo de hombre que escapase a mi perpetua crucifixión?".

La segunda prueba fue para el entendimiento. Debía mostrarse digno del Peyote, no sólo por su voluntad sino por su inteligencia. Lo observaron con toda atención, auscultaron sus relaciones con el mundo blanco, examinaron la resistencia de su cuerpo, recelaron cruelmente de él para obligarlo a clarificar su exigencia, y luego lo instruyeron, lo cuidaron y lo prepararon —¡hasta donde puede alguien "prepararse" para la experiencia del Peyote!—. Le dieron lecciones de metafísica tarahumara, lo hicieron familiarizar con el paisaje en donde se volcaría en el cataclismo de la experiencia, y lo iniciaron en el sentido del rito del Peyote.

No entendía del todo: "Voy a ver a los brujos ejecutar su rito, es cierto; pero ¿qué provecho voy a sacar de él? Los veré. Será la recompensa por esa larga paciencia a la que hasta ahora nada ha podido desalentar. Nada: ni el terrible camino, ni el viaje con un cuerpo inteligente pero destemplado —había que arrastrarlo y casi había que matarlo para impedir que se rebelase—; ni la naturaleza con sus bruscas tempestades que nos rodeaban con sus redes de rayos, ni aquella larga noche atravesada por espasmos, en la que vi a un joven indio rascarse en sueños con una especie de frenesí hostil exactamente en los puntos en que dichos espasmos me atravesaban, y decía, él que apenas me había conocido el día anterior: Ah, que le sobrevenga todo el Dolor que le pueda sobrevenir".

La tercera prueba fue para la memoria. Llegar al país tarahumara fue la prueba de la voluntad. Esperar veintiocho días fue la prueba del entendimiento. Y luego todavía debió esperar otros siete días, mientras pasaba la prueba de



la memoria, "una comedia inverosímil"; "consistió en un desenfadado intercambio de emisarios que, al parecer, enviaban a los brujos. Pero, tan pronto habían partido los emisarios, se presentaban los brujos en persona, extrañados de que no estuviese todo preparado". Debilitaron, deshicieron casi su confianza en la memoria, y lo tentaron con falsos brujos, "sacerdotes que curan mediante el sueño y que hablan después de haber soñado", cuya misión era envolverlo en un sueño que lo hiciera olvidar del Peyote. Pero se obstinó. Fueron siete días de suspenso, la creación, la gestación de Antonin Artaud envuelto en la placenta de la tierra tarahumara.

"Un día aquella ebullición se calmó, sin gritos, sin discusiones, sin nuevas promesas por mi parte. Como si todo aquello formase parte del rito y el juego hubiese durado demasiado".

Esa tarde, como un signo de esperanza, el Peyote le regaló una visión: la Natividad de Bosco, imagen que, llegada de la memoria, se convertía en la dulce premonición de su nacimiento a la Realidad Iluminada. Un efluviio del hombre futuro alcanzaba, en la agonía, al hombre antiguo, al de la Realidad Oscura. Como si, merced a esa visión, el dios del Peyote, en una clave familiar al entendimiento de Artaud, lo aceptara como iniciado —como si le dijera: "no temas, nacerás, nacerás a un espacio pagano, bajo la protección de los magos, en la complacencia de los hombres y los animales, en mi presencia". Había llegado la hora de partir. Incrédulo todavía, por fin se volvió: los brujos tarahumara y su comitiva venían por él para sacarlo de la rueda de los nacimientos, para pagar su inmenso sufrimiento con "un poco de realidad". No había ido hasta el fondo de la montaña de los indios tarahumara para buscar recuerdos de pintura.

— — —

Pero las cinco semanas de cruel espera no eran, en cierto modo, más que el protocolo para ser conducido hasta la escena final de ese auténtico teatro de la Crueldad. Faltaba la curación —"salir de día, en el primer capítulo", "avanzar hacia la Enfermedad en un viaje, un descenso pa-

ra volver a salir a la luz"; faltaba atravesar ese umbral tras el cual se tornan audibles los secretos de la Naturaleza y visibles las raíces materiales del espíritu; faltaba la mezcla aterradora y prodigiosa, la recosida en el cuerpo sin órganos —la Danza del Peyote y "lo Principal" en el Peyote;

faltaba atravesar la Noche Negra antes de alcanzar la Aurora del Peyote.

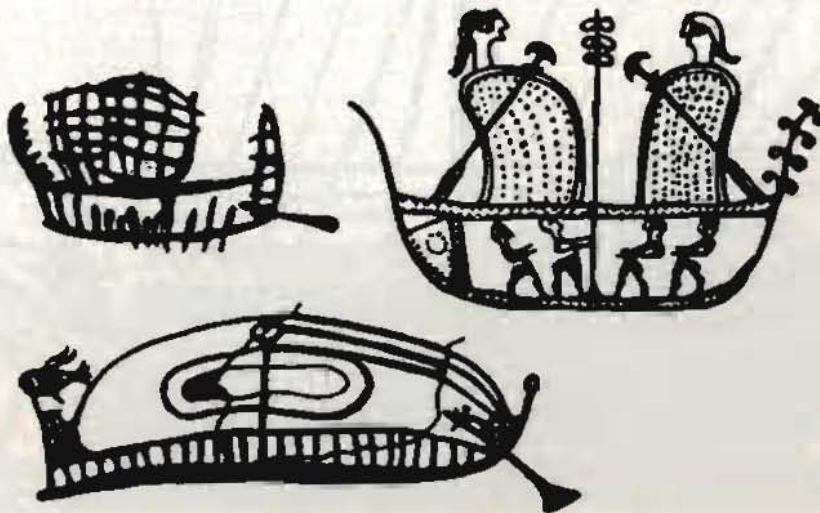
Antes de caer el día estaba preparado:

"De todas partes subían fuegos de leña hacia el cielo. Abajo, ya habían comenzado las danzas; y ante aquella belleza por fin realizada, aquella belleza de imaginaciones radiantes, como voces en un subterráneo iluminado, comprendí que mi esfuerzo no había sido en vano. Allí arriba, en las laderas de la enorme montaña que descendía hacia el pueblo en escalones, habían trazado un círculo en la tierra. Ya las mujeres, de rodillas ante sus metates (cubos de piedra) molían el Peyote con una especie de escrupulosa brutalidad. Los capellanes se pusieron a pisar el círculo. Lo pisaron cuidadosamente y en todos los sentidos; y en medio del círculo encendieron una hoguera que el viento de arriba aspiró en remolinos.

Durante el día habían matado dos cabritos. Y ahora veía sobre un tronco de árbol sin ramas, cortado también en forma de cruz, los pulmones y el corazón de los animales que se estremecían con el viento de la noche.

Otro tronco sin ramas estaba situado junto al primero, y el fuego encendido en medio del círculo producía en él a cada instante innumerables reflejos, algo así como un incendio visto a través de cristales muy espesos y agrupados. Me acerqué para distinguir la naturaleza de aquel hogar y vi un increíble entrecruzamiento de campanillas, unas de plata, otras de cuerno, atadas a correas de cuero y que también estaban esperando el momento de officiar.

Por el lado donde el sol se alza plantaron diez cruces, de diferente tamaño, pero todas ellas



aíneadas en orden simétrico, y a cada cruz ataron un espejo.

Veintiocho días de aquella horrible espera, después de la peligrosa supresión, concluían ahora en aquel círculo poblado de Seres, en este caso representados por diez cruces.

Diez, eran diez, como los señores invisibles del Peyote, en la Sierra.

Y entre ellos: El Macho-Principio de la Naturaleza, al que los indios llaman San Ignacio, y su hembra ¡San Nicolás!

En torno al círculo, una zona moralmente abandonada en la que ningún indio se atrevería a entrar; cuentan que los pájaros que en ella se extravían, caen, y que las mujeres embarazadas notan que su embrión se descompone.

Hay toda una historia del mundo en el círculo de dicha danza, encerrada entre dos soles, El que baja y el que sube. Y cuando el sol baja es cuando los brujos entran en el círculo y entonces el bailarín de las seiscientas campanillas (trescientas de cuerno y trescientas de plata) lanza su grito de coyote, en el bosque.

El bailarín entra y sale y, sin embargo, no abandona el círculo. Avanza deliberadamente hacia el mal. Se sumerge en él con una especie de valor espantoso, a un ritmo que parece dibujar la Enfermedad por encima de la Danza. Y nos parece verlo emerger y desaparecer sucesivamente con un movimiento que evoca no sé qué oscuras tantalizaciones. Entra y sale: 'salir de día, en el primer capítulo', como dice del Doble del Hombre el Libro de los Muertos egipcio. Pues ese avance hacia la enfermedad es un viaje, un descenso para *volver a salir a la luz*. Da vueltas en redondo en el sentido de las alas de la Swastika, siempre de derecha a izquierda, y por arriba.

Salta con su ejército de campanillas, como

una aglomeración de abejas enloquecidas, aglutinadas unas en otras, arremolinadas, en medio de un crepitante y tempestuoso desorden.

Diez cruces en el círculo y diez espejos. Un madero, con tres brujos encima. Cuatro capellanes (dos Varones y dos Hembras). El bailarín epiléptico y yo mismo, para quien se hacía el rito.

Al pie de cada brujo, un agujero en el fondo del cual el Varón y la Hembra de la Naturaleza, representados por las raíces hermafroditas del Peyote (sabido es que el Peyote lleva la figura de un sexo de hombre y de mujer mezclados), duermen en la materia, es decir, en lo Concreto.

Y el agujero, con una cubeta de madera o de tierra invertida por arriba, representa bastante bien el Globo del Mundo. En la cubeta, los brujos rallan la mezcla o la dislocación de ambos principios, y los rallan en lo Abstracto, es decir, en el Principio. Mientras que, por debajo, los dos principios citados, encarnados, reposan en la Materia, es decir, en lo Concreto.

Y durante toda la noche los brujos restablecen las relaciones perdidas, con gestos triangulares que cortan de forma extraña las perspectivas del aire.

Entre los dos soles, doce tiempos en doce fases. Y la marcha en redondo de todo lo que pulula en torno a la hoguera, dentro de los límites sagrados del círculo: el bailarín, los ralladores, los brujos.

Entre una fase y otra, los brujos se han ocupado de realizar, la prueba física del rito, de la eficacia de la operación. Ahí los tenemos, pues, hieráticos, rituales, sacerdotales, alineados en su madero, meciendo su rallador como a un niño. ¿De qué idea de una etiqueta perdida procede el sentido de esas inclinaciones, de esa marcha en redondo en la que van con-



tando los pasos, se santiguan delante del fuego, se saludan mutuamente y salen?

Así pues, se levantan, ejecutan las reverencias que he dicho, unos como hombres con mulletas, otros como autómatas truncados. Cruzan a zancadas el círculo. Pero, resulta que, nada más pasar el círculo, apenas un metro afuera, dichos sacerdotes, que andan entre dos soles, se han convertido repentinamente en hombres, es decir, en organismos abyectos a los que hay que lavar, para lavarlos se hace ese rito. Se comportan como poceros, esos sacerdotes, como especie de trabajadores de las tinieblas, creados para mear y para destaparse. Mean, se pean y se destapan con terribles truenos; y entonces, al oírles, se podría pensar que han querido nivelar el auténtico trueno, reducirlo a su necesidad de abyección.

De los tres brujos que allí estaban, dos, los dos más pequeños y más bajos, hacía tres años que habían adquirido el derecho de manejar el rallador (pues el de manejar el rallador es un derecho que se adquiere; y, por lo demás, sobre ese derecho descansa toda la nobleza de la casta de los brujos entre los indios tarahumara) y el tercero diez años. Y debo decir que el más antiguo en el rito era el que meaba mejor y se peía con más ardor y más fuerte.

Y éste mismo, con el orgullo de aquella especie de grosera purga, se puso a escupir unos instantes después. Escupió después de bebido el Peyote como todos nosotros. Pues, cuando hubieron acabado las doce fases de la danza y ya apuntaba la aurora, nos pasaron el Peyote molido, semejante a una especie de pisto alimonado; y delante de cada uno de nosotros se cavó un nuevo agujero para recibir los escupitajos de nuestras bocas, a las que el paso del Peyote había conferido carácter sagrado.

“Escupe, me dijo, pero dentro de la tierra y tan profundamente como te sea posible, pues ninguna partícula de Ciguri debe volver a emerger nunca”.

... Hora vespertina, hora de salida de los Dobles, primer capítulo del día del SOL negro; horas nocturnas, horas de vida de los Dobles, las doce casas del cielo nocturno... Los brujos comenzaron por convocar la Enfermedad al círculo de la purificación: un “bailarín epiléptico”, con su ritmo espasmódico, simulaba la fisonomía espiritual de la Enfermedad del iniciado, “parecía dibujar la Enfermedad por encima de la Danza”; mientras que, con sus idas y venidas hasta el bosque, lo invitaba a que sacara la Enfermedad, a que la amplificara en el círculo de la purificación; que (el Doble de) la Enfermedad se exteriorizara en la Noche. Todo en la Danza era una evocación de la mecánica pensante, del pensamiento torturado, del “trayecto nervioso del pensamiento”. Y bajo la conducción de esa *evocación corporal*, la Idea debía precipitarse en la Acción, el verbo hacerse carne, carne picada real, al conjuro de la Danza...

... Representado el Doble de la Enfermedad, actuar físicamente sobre él: tal fue la segunda operación realizada por los brujos. La Noche en-

tera discurrió como una operación en lo Abstracto, una operación espiritual sobre la Enfermedad —la cual, para ser eficaz, debía tener su correspondencia en las *operaciones físicas* realizadas por los brujos, sobre el Doble de la Enfermedad, *afectando la Danza*: mecer el rallador “como a un niño”, marchar en redondo contando los pasos, santiguarse delante del fuego, etc., era verificar la parte física del rito, introducir modulaciones en el flujo de la Danza, interferirla, puntuarla: *ir remodelando el dibujo* encima suyo —*el Doble de la Enfermedad*...

... Danza total, danza de las estrellas en la bóveda celeste, danza del viento levantado en la tierra, danza del fuego purificador en el centro del círculo; música de danza, cantos —“una música pueril y refinada que ningún oído europeo podría concebir; parece que estemos escuchando siempre el mismo son, escondido siempre con el mismo ritmo; pero con el tiempo esos sonidos siempre idénticos y ese ritmo despiertan en nosotros como el recuerdo de un gran mito; evocan el sentimiento de una historia misteriosa y complicada”; danza del bailarín, pasos y gestos de danza de los brujos ceremoniosos y de los capellanes, danza de los ralladores, danza de toda la Noche, Danza del Peyote...

... Y presente en toda la ceremonia, décimo oficiante, el Señor Invisible del Peyote. Nueve hombres y un dios para vencer diez signos negros: diez cruces, simétricamente enfiladas hacia el lado del oriente, diez obstáculos que el sol del día siguiente debería salvar para hundir en la Noche a la Noche Negra, para *Volver a salir a la luz*: diez obstáculos en los diez caminos para la curación del iniciado...

... para él también, *poder volver a salir a la luz*...

... Y diez espejos para diez cruces, para que la luz de la Danza se reflejara en los obstáculos en lugar de ser absorbida por ellos: que nada saliera del círculo sagrado. Danza, pues, también, de los reflejos, estático canon de las cruces que danzan en la Danza del Peyote...

... En cuanto al círculo de iniciación debe entenderse como una barrera de energía interpuesta entre los espectadores y los oficiantes del rito. La zona moralmente abandonada que lo rodea delimita una zona de energía intensificada: aquella liberada por el Mal —la Enfermedad volcada en la Noche—, energía prodigiosa capaz de destruir al no-iniciado, al alma (el pájaro) y al cuerpo (el engendro de mujer) del Hombre.

Ahora bien, todavía faltaba “lo Principal” en el Peyote, todavía el Señor Invisible del Peyote no intervenía directamente. El Peyote ingresa al círculo con los brujos, en el momento de la puesta del sol, al comienzo de la segunda serie de operaciones, y durante toda esta parte del rito, hasta la aurora, permanece en reposo...

Llamemos Mezcla al proceso completo de las operaciones que siguen a la evocación inicial de la Enfermedad. Mezcla triple: 1) de los sexos en la Materia: las raíces hermafroditas del Peyote en los tres agujeros al pie de los brujos. Simul-

táneamente, 2) de los sexos en el Espíritu: rallan la mezcla de ambos principios en lo Abstracto. A continuación, 3) mezcla de los sexos encarnados con los sexos espirituales: en el agujero, Globo del Mundo, se mezclan las raíces del Peyote con lo rallado en lo Abstracto, y que cayó sobre una cubeta en un momento anterior —cubeta con la cual, invertida, se completa el Globo del Mundo tapando el agujero...

El Peyote, dicen los tarahumara, es "el Hombre no nacido", "el Hombre innato", "el Hombre tal como por sí se construía en el espacio cuando Dios lo asesinó". Hay que entender así su presencia durante el proceso de la Mezcla: el Peyote dormido en la Materia era el Hombre innato, el Hombre Artaud no nacido todavía, presto a nacer, recibiendo en la mezcla 3) las vibraciones, las emanaciones espirituales a las que, luego, daría cuerpo en el cuerpo de Artaud. El hombre virtual, durante la Mezcla, se preparaba para actualizarse.

—Por otra parte la operación de los brujos (en especial la correspondiente a la mezcla 2) no se reduce, como tan ingenuamente describe Artaud, a "cortar de forma extraña las perspectivas del aire". Puesto que si es cierto que la Enfermedad se dibuja por encima de la Danza e inviste la Noche, si es cierto que ha sido convocada al círculo de purificación, entonces, más que cortar el aire, con sus gestos triangulares los brujos escriben en el texto de la Noche: *escriben el sentido secreto* de la Enfermedad en su Doble patentizado en la Noche. Y de ese modo, escribiendo el sentido de todas las edades espirituales de la Enfermedad (mezcla 2), informando al Hombre innato el sentido de su porvenir (mezcla 3), atraviesan la Noche Negra en pos de "los levantes de la Aurora".

Y al amanecer pasan de la Mezcla a la Comunión. La tercera serie de operaciones consiste en sacar a la Luz al iniciado. Y comienza la intervención física directa del Señor Invisible del Peyote. El iniciado comulga la planta. El proceso de la Mezcla se reproduce en su cuerpo a velocidad prodigiosa y lo desemboca en la Acción de nacer a un nuevo sentido de la existencia; un renacimiento, una Natividad pagana como la que dibujó, secreta, la paleta de Bosco.

El sentido metafísico de las operaciones de la Comunión es preciso: durante la Mezcla se prefiguró al Hombre Innato. Al mismo tiempo se exteriorizó la Enfermedad del iniciado (bajo la forma de su Doble) en la Noche. La llegada de la aurora señala el momento en que el Doble regresa, del día del Sol Negro, a su Noche. Pero obsérvese que ese Doble ya no regresa al alma de Artaud como un desconocido, tal como salió a la luz nocturna en el atardecer: ha sido transformado por la acción terapéutica de los brujos al través de la Noche, regresa con una cifra espiritual inscrita en él. Dado pues que el alma está presta para soportar su Destino, el Hombre debe nacer. Y el Peyote, Hombre innato preformado, toma forma en el Hombre. Y Artaud es dado a Luz en la Aurora del Peyote, ya no hijo del Hombre, sino hijo de sus Obras, hijo del Teatro de la Crueldad...